Las transformaciones

Transformación 1. Leyenda

El hombre se transformó en leyenda. A su muerte, la vida que antes calificaban de ordinaria pasó a ser una aventura repleta de acontecimientos épicos. Sus escritos, carentes de éxito tanto a nivel comercial como social, encontraron hueco en las revistas y publicaciones que tantas veces le habían rechazado. Por toda la ciudad, se presumía de cualquier contacto, por casual que hubiese sido, con su persona. Los camareros contaban las copas que le habían servido. Los bibliotecarios, los libros que le habían prestado. Incluso sus enemigos se jactaban de habérsele opuesto, elogiando su figura humana para atacar después sus ideas como siempre habían hecho.

Su hija, que hasta entonces había combinado varios microtrabajos y sufrido jornadas tan largas como absurdamente distribuidas, pasó a administrar una fortuna de derechos de autor, entrevistas en exclusiva y costosos regalos de empresarios que buscaban su favor. Se mudó al barrio bueno de su ciudad. Cambió colarse en el metro por dejar propina en los taxis. El bocadillo de supermercado comido en un banco por los platos de *nouvelle cuisine* de los restaurantes de moda.

De plató en plató, fue contando cómo su padre había escrito tal o cual libro. Los viajes que habían realizado juntos, adornados por pequeños detalles familiares, enternecían al gran público que buscaba conexiones que uniesen su aburrida vida de *calientasofás* con la de aquel mito cultural. Las lágrimas solían hacer acto de presencia cuando denunciaba la soledad y falta de reconocimiento que había sufrido en vida. El presentador de turno le acercaba el pañuelo con la lentitud precisa para que la cámara retratase bien el húmedo surco que llevaba del lagrimal a la barbilla. Se hacía entonces un silencio solamente roto por los lloros y la música que el técnico hacía sonar para conmover al espectador. Una vez conseguido el efecto deseado, el ritmo de la entrevista giraba completamente hacía una serie de agradecimientos a los lectores, editores y medios de comunicación que, ahora sí, habían dado a su padre la dimensión que merecía.

Visto con el tiempo, tal vez haber contratado un gestor para su patrimonio fue su primer error. Quizás el final era irremediable, pero fue aquel el primer escándalo que le salpicó. La fundación que había creado para difundir su obra y su nombre estaba implicada en un caso de blanqueo de dinero. Ella se enteró bajando del avión que le traía de un viaje por las mejores playas del Pacífico. Se maldijo cada noche por no haber estado al tanto de los tejemanejes de sus contables. Por haber dejado su herencia en manos de burócratas y abogados. Muy pocos creyeron en su inocencia.

La prensa comenzó a seguir sus pasos, a buscar otros asuntos sucios que hubiese podido tener. Parejas pasadas, antiguos compañeros de trabajo, estudiantes que habían compartido aula con ella… formaron un elenco que llenaba horas de emisión con cualquier anécdota que la dejase en mal lugar.

Culpándose por lo que pasaba, se refugió en la extensa área que ocupaba su casa en la sierra. Solo un pequeño grupo de personas de confianza la visitaron en los días que precedieron al comienzo del fin del sueño que había vivido. En aquella mansión rodeada de uno de los mejores encinares de la zona, vio cómo surgió la primera mancha en el expediente de su padre. Una tontería. Una simpleza. Un ligero resbalón en la trayectoria vital de cualquier persona, devino en imperdonable error de una vida hasta entonces inmaculada.

De todo el resto de truculentas historias que fueron apareciendo desde aquel momento, su hija no tenía ni noción. Algunas tenían cierto grado de verosimilitud. Otras parecían sacadas de los programas de conspiraciones que se emitían por la radio de madrugada. En cualquier caso, el nombre de su padre fue arrastrado por el lodo en toda emisora, cadena y página web. Sus libros dejaron paso en las estanterías de las librerías a los del nuevo gurú de masas que algún ente invisible había designado. Los caros abogados que le habían salvado de la cárcel no pudieron librarle del escarnio contra ella y su ahora odiado progenitor.

La vida de su padre pasó a ser simple e incluso sucia. Su obra literaria, calificada de menor y desautorizada por la crítica. Todos los que habían tenido algún contacto con él, lo

negaban completamente. Solo sus enemigos siguieron sosteniendo el vínculo que compartían, con la autoridad que les otorgaba haber visto antes que nadie el mal que parecía haber escondido. Y así, la leyenda volvió a transformarse en hombre.

Transformación 2. Música

El hombre se transformó en música. En notas, melodías y compases. En acordes, ritmos y armonías. Fue flotando, rebotando en las paredes de la estancia donde acababa de morir, hasta que encontró una salida. Se transmitió a sí mismo a través del fino cristal de la ventana que daba al patio del colegio donde había impartido clases tantos años. Allí, vio aumentada su intensidad. Libre de los cuatro muros que le habían atrapado en sus primeros minutos de esa nueva existencia, echó a volar por el mundo.

Cambió. Mutó. Se convirtió en cada una de las piezas que deseaba, permutando los elementos que tenía su nueva naturaleza. Entraba por los oídos de sus antiguos enemigos como un molesto sonsonete. Como una canción del verano que espantase a un canónico compositor de óperas. O el villancico que suena desde principios de noviembre en los centros comerciales para tormento de ateos. Viajaba por sus receptores auditivos y después por todo su cerebro, huyendo de los intentos que hacían por eliminarle. Aprendió a esquivar el resto de temas que sus antagonistas hacían sonar mentalmente para olvidarle. Consiguió que durante días enteros, cada vez que se despistasen, le diesen nueva vida canturreándolo.

A sus seres queridos, a sus amigos y familiares, a cualquiera que hubiese apreciado en vida, les dispensó un trato bien diferente. Buscando la frecuencia óptima para la inflitración, se colaba como un murmuro en sus listas de reproducción o en sus colecciones de discos. Tras un riguroso examen del repertorio musical de la persona en cuestión, seleccionaba un pequeño número de temas. Nunca más de una decena. Entre ellos, mezclaba y jugaba con las posibilidades que le ofrecían, y creaba nuevas composiciones que les sirvieran en momentos clave. Aprovechaba cualquier altavoz para amplificarse llegando a sus oídos. Si pasaban por una mala situación, se convertía en esa canción que, con un *crescendo* que te remueve por dentro, te hace olvidar tus problemas. Si los locos ritmos laborales del neoliberalismo, o el abuso de café, o la acumulación de complicaciones, les hacían bordear el infarto, devenía un reggae, una nana, una balada… lo que se adaptase mejor a la personalidad del oyente que, poco a poco, acomodaba sus pulsaciones a la cadencia necesaria para su supervivencia.

Llegó a una especie de trato nunca escrito con sus colegas de profesión; en su mayoría músicos frustrados que habían asumido la docencia como un mal menor. Les inspiraría sin que se diesen cuenta, sin que pudiesen acusarles de plagio consciente, a cambio de que le hiciesen sonar y resonar. Varios de ellos, en varios momentos, en varios lugares, llegaron a la misma conclusión musical. La misma partitura. Escrita en diferentes medios, sonando en diferentes escalas, con diferentes instrumentos. Percutían, soplaban y rasgaban por los cuatro puntos cardinales de su país. Entraron en resonancia entre ellos y con él. Con la música que una vez había sido hombre.

Un cigoto, un proyecto de humano, un ser en ciernes, reaccionó al secreto estímulo que se extendía *sotto voce* por amplías áreas alrededor de cada músico. Sus cromosomas cambiaban con cada compás. Una adenina se permutaba con una citosina y el gen cambiaba su función. Una guanina le trocaba el puesto a una timina y la configuración de la futura persona se alteraba radicamente. Las notas de la música que otrora habían sido un docente desaparecían entre las secuencias de ADN. Quedaba mudo cada sonido que había formado parte de él durante aquel tiempo mientras el nuevo ente asimilaba los cambios sufridos. La canción se integró entre sus moléculas. La sonoridad, en lo más íntimo de su ser. La sensibilidad, el talento innato, la percepción de la belleza y la capacidad para crearla nunca le abandonarían.

Cuarenta semanas después, la música se hizo mujer.

Transformación 3. Zapo

L'hombre se transformó en zapo. En la marguin d'aquella carretera se miró, enarcau, las suyas nuevas patetas, con ixos didos finetz que heban de propulsar lo suyo nuevo cuerpo. Alredol d'ell, las hierbas que nian heba parau cuenta d'a suya existencia, s'heban tornau una preta selva que le privaba de veyer lo suyo entorno. La plevida que bi heba habiu bella hora antes heba convertiu en esbarizoso bardo lo terreno a on que le caleba refirmar-se pa abanzar.

Curiosament la primer pregunta que se fació no estió un "por qué", ni un "cómo", sino una hipotesi de futuro. "Si nunca le fese un beso una muller humana, ¿tornaría t'a suya forma anterior? Y en ixe caso, ¿lo faría espullau u le apareixerían las ropas con lo mesmo misterioso mecanismo que le heban dispareixiu?". Se sorprendió de fer-se preguntas tant simplas, tant absurdas. De no veyer-se bien alarmau por haber pasau a la suya condición d'anfibio sin garra explicación. Yera en problemas y no podeba pensar que en los cuentos populars. Pero d'atra man, yera un zapo. "¿Qué ye en lo que piensan los zapos? ¿En "zapas"? ¿Qual yera lo femenino de zapo?"

Entre que se feba ixas preguntas que no le levarían ta garra cabo, se miraba t'o norte y t'o sud. Ta l'este y ta l'ueste. Pero d'ixa manera que la vista se te'n va enta un horizont inexistent. Que la tuya ment decide de deixar d'enfocar garra obchecto y nomás alufras, pero sin procesar la información alufrada. Lo suyo nuevo sistema niervoso no yera capable de preguntar-se sanseladas y de vez de permaneixer a la tisva d'o que le rodiaba.

"Pero d'atra man - seguiba barruntando lo nuevo zapo - nunca no heba estau un humano de reflexions fundas". Preferiba los *equipos A* y los *CSIs* a todas ixas series nuevas que caleba fer ficancia de contino pa no perder-te, y que dimpués orichinaban largos debatz. U millor encara los programas a on que la choventut d'os cinglos industrials se dedicaba a fer bamba d'as suyas estrucias sexuals. Y de libros, nian parlar-ne. De verano, ixo sí, se'n pillaba uno pa la placha. Un libro util. De aproveitar lo tiempo. Que fese honra pa esdevenir millor persona, u millor empresario, u millor amant. Millor, en qualsiquier caso.

"¿Y como será ceprenar con una zapa?", se preguntó de vez que recordó que heba de

trobar lo femenino de zapo. La suya imachinación de zapo-hombre, u d'hombre-zapo - ya no lo sabeba - empecipió a dibuixar-se protagonizando una scena de pornografía bufonida. Con una fembra debaixo d'ell entre que feba ixos empentons que bella vegada heba visto en los documentals d'a hora d'a siesta. Una mosica de baixo y saxofón meteba una erotica banda sonora a lo suyo perfecto ritmo de movimientos pelvicos. La suya nueva naturaleza l'heba poseyiu en un petén y ya no le pareixeban *sexys* las formas humanas. Los peitos u la natura d'una muller, que bell minuto antes le hesen meso verriondo de camín, le provocaban agora una absoluta indiferencia. Manimenos, la piel vorrugosa y corrucada d'una zapa... - "¿cómo sería lo femenino de zapo?" - ¡No se'n podeba adubir!. Ixos focins pensamientos, igual como quan yera persona, le levoron a escape a deseyar masturbar-se, pero en tant poco tiempo de vida anfibia encara no heba aprendiu como maniar aquell nuevo corpichón.

Paró cuenta de que nian heba moviu un musclo. Tot ixe barruntar de besos humanos y xarringlazos "zapils" - ¿qual sería l'adchectivo pa los zapos? - lo heba teniu en la mesma posición que manteneba dende la suya metamorfosi. Si ixa iba a estar la suya nueva vida, y cosa no pareixeba indicar lo contrario, habría de buscar-se las manyas pa seguir en lo mundo. Agora yera un bicho chiquet, nano, en un puesto bien baixo d'a cadena alimenticia que bell minuto antes coronaba. De bote y voleyo sintió miedo. S'espantó y, alavez sí, se miró enta todas las direccions. Controlaus los quatre puntos cardinals, chiró lo tozuel entalto. Agora podeban depredar-le dende l'aire. Ixa circumstancia le ixorrontaba mas que qualsiquier atra, por bella razón que ignoraba. Heba de fuyir d'as raposas y las fuinas, u de qualsiquier atro animalot que tenese en aquella demba lo suyo vedau de cacera. Pero sobre tot heba de fuyir d'os falcons y los ciquilins, d'as alicas y los bubons, y mesmo d'as voletas y los condors. "¿U no n'i heba, de condors, por lo país?" ¿Que se'n iba a saber ell, d'aus, si ni sisquiá heba feito biolochía en la ESO?. No podeba saber qué muixons querrían anyadir-le a lo menú d'a suya lifara nocturna, ni qué formas teneban, u cómo distinguir-los en lo ciel.

Decidió de caminar. U de blincar. "¿Los zapos yeran los que caminaban u los que blincaban?". Se maldició por haber-se dormiu tantos y tantos documentals. Por no fer-le caso a yayo quan le parlaba d'os costumbres d'os bichos que teneban por lo lugar. Agora ignoraba las bases pa la suya supervivencia. Deixaría la decisión a las suyas patetas. Lo

que les resultase mas natural. Un paset. Unatro. China-chana empecipió a mover-se. En pocos pasos ya se i heba feito, y lo suyo caminar le resultaba normalismo. Como si toda la suya vida suya hese ocurriu a esgalapatons y tocando con la pancha la empacinada tierra que teneba por debaixo. A monico, arribó en un terreno de tot diferent. Lo bardo se tornaba gudrón, y la hierba, que con las suyas nuevas dimensions yera boscache, dispareixeba de tot. Vido un auto. Tardó a parar cuenta de que ixe heba estau lo suyo auto no guaire tiempo antes. Yera a l'atro cabo d'a carretera. Un puesto sobrebueno a on que acubillar-se. Con un teito a on que amagar-se d'ixos terribles sers aerios que aguardaban una error suya pa clavar-le las unglas y carriar-lo t'os suyos niedos. Astí, sin dubda, le irían esgarraixando pa dar-le de minchar los trocetz a los suyos fillesnos.

Heba d'arribar-ie. Sentiba en la suya foyeta, si se podese decir que los zapos en tienen, los uellos d'un ciento de menazants rapinyaderas que se chugaban a bella mena de "morra aviar" quí se lo mincharía. Las capacidatz mentals d'un zapo son… Bueno, son las d'un zapo. Asinas que heba de concentrar-se. Dibuixó una trachectoria que recorrería dica arribar en lo suyo auto. Fuyindo d'a linia blanca que separaba los carrils pa fer-se menos vistero dende l'aire. "Zapiaría" - "¿cómo se le diría a lo caminar d'os zapos?" - dica que ixe Seat viello le podese servir de cubillar. Y astí pensaría tranquilament en cómo enganyar a la muerte dica l'amaneixer. Y en cómo conseguir que una muller humana le fese un beso. U en ceprenar con una zapa. U como se decisen los zapos fembra, que ya igual le teneba. A la finitiva los zapos no parlan, y dica que recuperase la suya humanidat, si ixo nunca pasaba, rai los masculinos y los femeninos, los adchectivos y los adverbios. La zapidat - "¿cómo se le diría a la naturaleza d'un zapo?" - yera la suya nueva situación y heba de acostumbrar-se-ie.

Tot aquell pensar en los zapos, las zapas, las mullers y los vocabularios concentró las suyas neuronas masa. Ixo y lo pando caminar traviesando la carretera yera tot lo que supliba un zapo. Un zapo que sisquiá yera naixiu zapo. Un zapo que veniba d'un hombre que, pa forro de bota, tampoco no yera guaire intelichent. Mas bien un zapo pantantón veniu d'un humano simplaz. Un zapo que morió, escachau por un Renault 11 blanco, a los pocos minutos d'haber arribau a lo mundo. Sin haber tastau las emocions d'o sexo con zapos fembra. Sin comprobar si los cuentos de fadas podrían haber-le feito cambiar ent'a suya forma preterita. Sin conoixer sisquiá lo vocabulario d'os zapos, radiu y de buen

aprender, pero de muit mal vocalizar. Ignorando los placers de tollos y basas, los exquisitos gustos de moscas y mosquitos, las sensacions d’a plevia ruixiando-te dimpués d’un diya de caloraza, lo zapo se tranformó en una taca de chichorros en lo bell medio d’a carretera que puyaba t’o lugar.